

ESPEJOS O ESTATUAS: ENSAYO SOBRE IDENTIDAD

Perspectivas Humanísticas • Artículos • Año I, No. 1 • Páginas 40-49

César Augusto Zapata*

RESUMEN: Se discute la importancia de la identidad para el establecimiento de un diálogo efectivo con el otro. Identidad y alteridad como posiciones intercambiables en el proceso necesario de reconocer y reconocerse.

Palabras clave: *identidad, alteridad, seidad, mismidad, reconocimiento.*

ABSTRACT: The importance of identity for the establishment of an effective dialogue with others is discussed. Identity and otherness as interchangeable positions need to recognize and acknowledge process.

Key words: *Identity, otherness, beingness, selfhood, recognition.*

* Profesor de psicología y creatividad de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Ha publicado algunos ensayos y textos literarios. Ha sido "Visitor Professor" de la UCLA. Realizó el pre-doctoral Internship en la NYU. Actual candidato a Doctor de la Universidad de Almería, España. Coordinador de la Cátedra "Edgar Morin de Pensamiento Complejo" de la Escuela de Filosofía, UASD.

Identidad/Alteridad

En 1990 fui invitado a hablar en una mesa de discusión sobre identidad y alteridad, en la Casa de la Cultura Universitaria donde funcionaba una tertulia todos los jueves llamada *Espacio Cultural*. Tuve el honor de compartir dicha mesa con D. Francisco Henríquez (Chito), eminente historiador dominicano, y con Alejandro Peguero, entonces joven antropólogo, investigador del Museo del Hombre Dominicano.

Recuerdo con agrado que el profesor Henríquez planteaba cómo los acontecimientos más importantes de la historia americana habían ocurrido en el Caribe, a saber: el “Descubrimiento de América”, el nacimiento de una nación de negros libertos y la Revolución Socialista. Por su lado Alejandro Peguero proponía en clave antropológica, las correspondencias culturales entre dos naciones que comparten una isla: República Dominicana y Haití.

Aunque estaba invitado como psicólogo, mi ponencia se acercaba a una lectura de Emmanuel Levinas¹. Para dialogar con el otro es necesario discutir la existencia de ese otro como diferencia con relación a mi, por tanto hay primero que resolver la cuestión de la identidad. Entendía en ese momento –y todavía hoy- que todo diálogo tiene como condición *sine qua non* el reconocimiento de la existencia de los dialogantes; esto es, para reconocer al otro debo reconocirme. Propongo una vuelta de tuerca a la aseveración de Emil Benveniste² según la cual el yo existe con relación a un tú, y digo: el yo debe existir para poder relacionarse con un tú, aunque esa existencia se reconozca en el acto de relacionarse. No me reconozco sino en mi mismo aunque para ello necesite al otro como diferencia. Esta afirmación encuentra base en lo que

1 Emmanuel Levinas: *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, Salamanca, Ediciones Salamanca, 2011.

2 Emile Benveniste: *Problemas de Lingüística General*, México, D.F., Siglo XXI Editores, 2004.

una cierta sociología (ver Niklas Luhmann)³ llama autorreferencialidad y que asumo en este contexto como la necesidad de una serie de operaciones sociales e históricas referidas a un sistema social, en este caso el nuestro, necesarios para la construcción de una identidad aún inexistente.

En debates recientes se habla de etnocentrismo, prejuicios, xenofobia... a mi modo de ver son categorías inaplicables a la realidad de un grupo desidentificado como el de la nación dominicana. La formación de las estructuras propias de un sistema social es imprescindible para poder interactuar con otro sistema, aún sea en relación de desigualdad y subordinación, o de equidad y apertura. Así que más acá de la identidad debe operar una unidad del sistema, para hacer posible el sentido de pertenencia, y de allí *la existencia del otro y la existencia en el otro, incluso la existencia contra el otro*. A la propuesta lineal estructuralista de que Yo existo en relación a un tú le opongo la perspectiva compleja de la *limitación inmanente* de Luhmann que afirma: la complejidad interna de los elementos de un sistema no pueden explicarse como consecuencia de su interacción lineal con elementos de otro sistema.

Cierto es que en primera instancia hay una marca del lenguaje en el sujeto y que esa marca lo precede y es asignada por *un otro*. Empero, en segundo grado, el sujeto integrado al grupo (socius) construye una identidad con esos elementos heredados a través de la lengua, que generan una *consciencia de si* necesaria para sostener un dialogo con ese otro. Somos seres relacionales y por lo tanto necesitamos al otro para vivir, sin embargo, esa misma afirmación presupone la pre-existencia que determine tanto la necesidad como el convertimos en *el otro del otro* que también nos necesita para *ser* en esa relación, cerrando así el círculo: soy- en-ti-eres-en-mi. Lo que rompe la linealidad propuesta en la aseveración de yo-existe-en-relación-a-un-tu. Yo es otro, afirma Raimbaud**,

3 Niklas Luhmann: *Complejidad y modernidad, de la unidad a la diferencia*, Madrid, Ed. Trotta, 1998.

para agregar: Nos equivocamos al decir yo pienso, deberíamos decir me piensan. *Yo es otro*, es cierto, pero también *Otro es yo*, pienso, me piensan, no es un juego de palabras sino una red de envíos que dan sentido a la interacción donde nos constituimos.

Esa linealidad contra la cual me pronuncio condujo a la publicación de una obra ingenua cuyo título es ya un absurdo: sin haitianidad no hay dominicanidad. Es decir un sistema histórico-social con un devenir complejo de redes étnicas, sociales, económicas, con bifurcaciones y bucles; que como organismo vivo y autopoyético (Maturana) está produciendo y produciéndose en permanentes emergencias, no es el resultado o consecuencia sólo de un intercontacto. El referido libro tiene una falla matemática al querer reducir las ecuaciones matriciales a simples adiciones. Ningún grupo sale ileso de los intercontactos, aún haya desigualdad numérica o económica, en la dinámica del contacto recíproco los sistemas se modifican entre sí. Es en la matriz de la ecuación de una cultura donde los cruces con otra generan emergencias.

Todo diálogo implica reciprocidad y respeto de los límites que se nos imponen como historia de los sujetos dialogantes, en tanto sujetos de un sistema autoorganizado: cultura o estado-nación. La relación, afirma Levinas, no implica la anulación del otro, pero tampoco la “supresión” de la mismidad en el otro. Si ocurriera una de estas dos formas de anulación, el diálogo sería imposible. En ese solipsismo la palabra sería un eco inútil de la soledad. Es por ello que resulta un “*contradictio in adiecto*” que algunos “expertos” insinúen la posibilidad de diálogo sin definir identidad y alteridad. ¿Quién soy? ¿Con quién voy a hablar? En tanto que sistema abierto-cerrado ¿con qué otro sistema social voy a intercambiar? ¿Qué material social intercambiaré?

Exploremos los factores cualitativos de la identidad, averigüemos qué nos hace ser sujetos y nos habilita para relacionarnos. Se establece como condición

para ello la comunicación-relación-existencia, el autorreconocimiento. Propongo el neologismo de autoapropiación, que no tiene ninguna relación con el concepto prestado del mundo sajón de empoderamiento. La autoapropiación es un *saberse*. Poder identificarte en el imaginario donde te presentas y representas ante los otros. Para presentarme-representarme debo primero haber asumido los elementos imaginarios y simbólicos que me dan sentido. Significa esto una aproximación transdisciplinar a un asunto que comienza en la piel y se expande al territorio, pero más aún, a los imaginarios individuales y colectivos que han fundado el topos para el sujeto (en el caso de los imaginarios individuales), y para los estados naciones (en el caso de los imaginarios colectivos)

Singularidad y mismidad

“Una mañana, tras un sueño tranquilo, Gregorio Samsa se despertó convertido en un monstruoso insecto”. Así empieza la pieza maestra de la narrativa kafkiana, *Metamorfosis*⁴. Entre los muchos efectos que produce en el lector este cuento fundamental de Franz Kafka, está lo siniestro, *lo Unheimlich*⁵, eso que debió permanecer oculto y ha salido a la luz, la extrañeza ante lo reprimido. Es decir, repulsión/expulsión de algo que no queremos que esté en nosotros. La calidad de un texto de ficción se evidencia por el grado de identificación que logra en el lector. Lo que le acontece al personaje de *Metamorfosis* nos impacta porque no queremos levantarnos y vernos transformados en algo que no somos, toparnos con una consciencia fuera de lo que hasta ese momento había sido la “Gestalt” de nosotros mismos, la completud de nuestra imagen.

El problema es el riesgo de la metamorfosis. No es un problema de la innegable semejanza, por ejemplo racial, sino de una diferencia expulsada

4 Franz Kafka: *La metamorfosis y otros cuentos*, Madrid, Ed. Siruela, 2006.

5 Roberto Castro: *Freud: mentor, trágico y extranjero, aproximaciones a su pensamiento*. México, Siglo XXI, 1999.

de nuestra consciencia, un miedo al fantasma que respira a nuestra espalda, el rechazo de la haitianización no es un prejuicio de falsa superioridad, es un horror por lo próximo y cercano, por la pérdida. Cuando vemos crecer el musgo de la pobreza y la desigualdad pensamos que llegará hasta nuestras puertas. Que despertaremos ante la desertificación, la destrucción ecológica, el hambre, en fin, la agudización de una metamorfosis, cuyas dimensiones trascienden el simple problema fronterizo de dos estados naciones pobres.

En un experimento de dudosa ética, el psicólogo Stanley Milgram⁶, engañaba a los participantes haciéndoles creer que eran colaboradores en un estudio sobre aprendizaje. El participante debía hacer unas preguntas a un supuesto estudiante y aplicarle una descarga eléctrica (ficticia) si éste se equivocaba. La descarga debía ser cada vez mayor en la medida en que aumentaba el número de errores. Contrario a las expectativas, donde se esperaba conmiseración, humanismo, compasión, el participante aplicaba cada vez con mayor intensidad el falso electrochoque. Una de las razones que explican esta conducta es el desconocimiento del otro. Pero, al mismo tiempo la invisibilidad del participante voluntario. Lo que se evidencia en este experimento no es solo la tendencia a la crueldad de los seres humanos, sino cómo ésta se exagera si permanecemos anónimos ante la víctima, cubiertos con la capucha del verdugo, pero además, al ser desconocida la víctima no hay consciencia vinculante y por consiguiente la culpa disminuye. Lo que propongo es que es imposible pensar en el otro desde la des-identidad, con un rostro desdibujado, oculto, anónimo. Pero en la medida en que me identifico es siniestro pensar en la pérdida. Lo “Unhamlich” es solo posible en la medida en que voy aprendiendo al menos quien no soy. Ese viaje que Ricoeur propone del sí-mismo a la ipseidad⁷.

6 Stanley Milgram: *Obedience to Authority*, New York, Harper Collins, 2009.

7 Paul Ricoeur: *El sí mismo como otro*, Siglo XXI, México, D.F., 2006, El concepto de *ipseidad* se utiliza para una lectura no estructuralista de la mismidad. Es una categoría utilizada por Ricoeur en

Pero ¿Qué es lo que voy a reconocer en mí para identificarme? La primera respuesta es la diferencia. Y esta diferencia empieza por verificarse en el cuerpo. Pero el concepto de cuerpo entraña un problema, y es que no se agota con el cuerpo físico. Asumir el cuerpo como una unidad compleja donde convergen desde los factores biológicos hasta los sociales, es emprender un camino largo de desentrañamiento de múltiples variables. La mirada construye al cuerpo, la percepción arroja una “Gestalt” sobre el agua fría de los componentes biológicos, del modo en que se nos ve, pero además el modo en que yo mismo me veo. Así, para identificarme necesito construir un imaginario en el marco de unas tradiciones y valores que marcarán el modo en que recojo del espejo mi propia imagen, y el modo en que la re-simbolizo.

Otro asunto que aprendo en el proceso que los antropólogos llaman culturización es el sentimiento de pertenencia. Ser alguien es pertenecer: Al clan, a la familia, al estado-nación. El sentimiento de pertenencia va convirtiéndose en *sentido de pertenencia*. Es decir, pasa de un estado emocional a uno racional. En el caso de los estados, adquiere un status jurídico, Pero ese sentido se origina en la interacción con las semejanzas. Me identifico como perteneciente a una estructura que me da sentido. De este modo el *ser en el mundo* que parte de una imagen del cuerpo pasa a ser una “Gestalt” de todo lo que desde el cuerpo se ha ido construyendo.

Entonces el *cuerpo relacional* construido en los envíos y renvíos de la interacción con los otros, el *cuerpo-yo* que construyo en mi mente a partir de la asunción imaginaria y el *cuerpo biológico* son uno mismo y diferentes. En el cuerpo entonces van los elementos de la cultura: la religión, la lengua, costumbres, etc. conformando esa mirada necesaria sobre su estructura, sus

leyes y su identidad, el poder y su escritura.

Es una afirmación aceptada que la identidad pertenece al mundo de las representaciones. Esto desemboca en dos vertientes: por un lado la necesidad de representarme en algo o desde algo. En segundo lugar, en la medida en que me represento en algo, ese algo será entonces fuera de mí, y en mí es una construcción imaginaria. Lacan afirma que una totalidad del cuerpo en donde me represento es solo un estadio del espejo. En lo real no tengo completud, esta es una imagen externa. La identidad se funda entonces como externalidad y como imaginario.

La diferencia: Del cuerpo individual al cuerpo social

Salta a la vista que para poder relacionarnos y conformar una estructura compleja llamada sociedad es necesario contar con elementos comunes que nos aproximen y cohesionen. La lengua, por ejemplo nos permite el flujo de información y conocimiento en una lengua-cultura dada, pero también impone unos bordes con relación al otro. Cuando nos referimos a nosotros como una entidad particular, la identidad, por lo menos en términos de sentidos, va a depender de con quien o con que nos diferenciamos. La cadena interminable de significantes que Derrida propone a en la *Differance* y que plantea una cierta imposibilidad de definir un concepto puesto que solo caemos en una cadena de referencia a otras palabras, encuentra un punto de pivote en la *diferenciación*, esto es, el modo de distinguir lo que es con relación a lo que no es. Sería, tomando este axioma prestado, el modo de distinguirme con relación a lo que no soy.

Pero la mismidad no es *Eco* ni la imagen *Narciso*. No es solo el rebote de una determinada cantidad de luz sobre la superficie pulida del azogue. Tampoco es la repetición deleuzeana donde se disuelve la singularidad. La mismidad es

la internalización de unos datos que, juntos, dan sentido a la singularidad y por ellos es posible la identificación, la ipseidad. La imagen no me devuelve quien soy, más bien construyo con la imagen una idea de quien soy. Ese primer *estadio* se multiplica luego y se enriquece con envíos, los modos de ver de los otros: Espejos parlantes son los otros y van diciendo la imagen que tienen de mí, y en su decir se/me identifican, recojo fragmentos de esas identificaciones y paso de la identidad individual a la social, del ser para sí, al ser para el otro.

Luego topamos con la semejanza. Algunos datos se nos presentan similares y entonces construimos conceptos para agrupar los elementos que tienen esas semejanzas. Agrupamientos, factores de índole histórico y económico, de etnia, nación, sociedad, surgen para designar singularidades que sin embargo tienen rasgos comunes. Pero la semejanza implica ya la diferencia. Solo puedo ser semejante si soy distinto. Es ahí en donde esta hipótesis se fundamenta: Dialogan las semejanzas, acuerdan equidades las semejanzas, interactúan las semejanzas.

Ser otro es siempre angustioso. Haber construido en el proceso de socialización una identidad, ir al espejo y asumir la imagen que nos devuelve como un yo, para un día cualquiera despertar patas arriba en estertores y solo pensar en volver a dormir para despertar siendo uno mismo. En la *Metamorfosis* hay una fragmentación entre singularidad y mismidad, la realidad de despertar siendo un otro y la conciencia de que no eres eso en donde ahora esa conciencia habita. Lo “*Unheimlich*” es la pérdida de lo familiar, de aquello en donde te has identificado. Porque ya lo sabemos: solo no eres nadie, pero eres *idem* si te identificas *ipse*. Estamos en esa encrucijada donde desde afuera nos urgen que sepamos quiénes somos y construyamos identidad imprescindible para hablar.

Referencias bibliográficas

- Benveniste Emile : *Problemas de Lingüística General*, México, D.F., Siglo XXI Editores, 2004.
- Castro, Roberto: *Freud: mentor, trágico y extranjero, aproximaciones a su pensamiento*. México, Siglo XXI, 1999.
- Levinas, Emmanuel: *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, Salamanca, Ediciones Salamanca, 2011.
- Luhmann, Nicklas: *Complejidad y modernidad, de la unidad a la diferencia*, Madrid, Ed. Trotta, 1998.
- Milgram, Stanley: *Obedience to Authority*, New York, Harper Collins, 2009.
- Kafka., Frankz: *La metamorfosis y otros cuentos*, Madrid, Ed. Siruela, 2006..
- Ricoeur, Paul: *El sí mismo como otro*, Siglo XXI, México, D.F., 2006,